Islam y Progresismo ¿aliados en la construcción del nuevo orden totalitario?

Froilán León

Detrás de las apariencias de oposición, el investigador Odon Lafontaine revela que el islam y el progresismo comparten una misma estructura espiritual y social: una visión mesiánica y totalizante del mundo, que pretende instaurar un poder totalitario sobre la tierra mediante la sumisión al poder, la manipulación del miedo, la destrucción de la razón y el control social y político. En su lectura, esta convergencia ideológica no es accidental, sino que prepara el terreno para la formación de un nuevo orden global, en el que la libertad del espíritu humano se ve reemplazada por la obediencia al sistema.

En la práctica, la convergencia entre el islam y el progresismo moderno se hace evidente en eventos recientes que muestran cómo ambos movimientos pueden aliarse, más allá de sus diferencias aparentes. En el conflicto de Gaza, se observa cómo ciertos sectores internacionales de izquierda legitiman acciones de grupos islamistas bajo discursos de derechos humanos, mientras en Nueva York la elección del nuevo alcalde refleja una agenda progresista que incluye alianzas con el islamismo. En Francia, el fenómeno del "islamo-izquierdismo" articula alianzas entre movimientos de izquierda y comunidades musulmanas, y en Irán, la colaboración histórica entre comunistas y islamistas muestra cómo ideologías se fusionan para consolidar el poder político. Estos ejemplos ilustran la capacidad de ambos sistemas de formar coaliciones que trascienden fronteras y doctrinas, guiadas por objetivos de control social y redefinición del orden moral y político.

Odon Lafontaine ha dedicado más de una década al estudio crítico del islam. Es autor del libro Le grand secret de l'islam ("El gran secreto del islam"), donde expone sus investigaciones sobre los orígenes históricos de esta religión, generando intensos debates con el mundo musulmán. Su experiencia le ha permitido comprender empíricamente cómo muchos creyentes defienden su fe frente a las críticas académicas. Asimismo, ha analizado las ideologías modernas —como el progresismo y el laicismo— en su obra La laïcité, mère porteuse de l'islam ("La laicidad, madre portadora del islam"), donde sostiene que el laicismo y el islam, lejos de ser contrarios, comparten una misma lógica de control social y formación del individuo.
En este artículo sintetizamos los principales planteamientos de Lafontaine y veremos cómo, según su análisis, el islam y el progresismo moderno convergen en una misma antropología materialista y totalitaria, opuesta a la visión cristiana del hombre libre y espiritual.

Mesianismo político

Odon Lafontaine sostiene que tanto el islam como los sistemas políticos progresistas modernos comparten una misma ambición antropológica: definir un modelo total de ser humano, moldear su conducta y orientar su existencia según una única visión totalitaria. Ambos pretenden regular la totalidad de la vida —social, moral, cultural e incluso interior— bajo un modelo único de conducta.

En el islam, ese modelo se encarna en la charia, ley sagrada que abarca desde las normas de culto hasta los detalles más íntimos de la vida cotidiana. Es un sistema jurídico y teológico cerrado, codificado durante siglos, que no admite interpretación libre. Su objetivo no es formar individuos libres, sino producir un tipo humano "formateado", obediente a un orden absoluto.

Lafontaine observa que, de modo análogo, el progresismo moderno busca uniformizar al individuo bajo una ética política global: el ciudadano progresista ideal, el consumidor responsable, el sujeto relativista, ecologista, izquierdista e inclusivo. En ambos casos, la antropología es la misma: el ser humano reducido a objeto de ingeniería moral y social, programado para servir a un proyecto totalizante.

El núcleo espiritual de esta convergencia, afirma el autor, es el mesianismo político: la creencia de que el mundo puede ser redimido del mal por medios humanos y políticos. Este mesianismo es una derivación pervertida del tronco cristiano. En el cristianismo auténtico, la salvación es personal, espiritual y proviene de Dios; el bien y el mal se combaten en el alma, no en la arena política. Pero el islam y el progresismo sustituyen esa dimensión interior por una redención colectiva, terrena y material. La salvación deja de ser gracia y se convierte en programa.

De ahí nace una inversión moral profunda: lo bueno ya no es aquello que emana del amor, la verdad y la justicia, sino lo útil al proyecto. Todo lo que contribuye a la causa —política, religiosa o ideológica— se considera virtuoso, inclusive lo más abyecto. Mientras que todo lo que la cuestiona se vuelve malo, incluso la verdad o la justicia. Así, la humanidad se divide en dos campos irreconciliables: los justos y los enemigos, los creyentes y los infieles, los progresistas y los reaccionarios. Esta lógica binaria legitima la violencia en nombre del objetivo final.

El islam ofrece su propio ejemplo teológico: el versículo coránico "Vosotros sois la mejor comunidad surgida para los hombres" (Corán 3:110) ha sido interpretado históricamente como una superioridad divina que justifica la dominación de los no musulmanes. En la modernidad secular, el mismo patrón se repite: las revoluciones jacobina, marxista o comunista proclamaron la eliminación de los "enemigos del pueblo" como paso necesario hacia la redención universal.

En ambos casos, el resultado es el mismo: la política se convierte en religión, y el poder humano se reviste de un carácter sagrado. El mesianismo político sustituye la humildad cristiana por la hybris del constructor de mundos; el alma por la masa; la conversión interior por la coerción colectiva. Lafontaine concluye que, cuando el hombre pretende salvar el mundo sin Dios, termina erigiéndose en su propio dios —y su salvación se transforma en tiranía.

Contra la razón y la verdad

Según Odon Lafontaine, tanto el islam como el progresismo moderno comparten una misma ruptura fundamental: la pérdida del vínculo con la realidad. Ambos sistemas dejan de razonar desde los hechos y comienzan a pensar únicamente desde el objetivo ideológico. La verdad deja de ser algo que se descubre para convertirse en algo que se fabrica.

Lafontaine compara este fenómeno con la "suprarealidad" del comunismo soviético: una realidad imaginaria que se impone por encima de la experiencia. En estas sociedades ideologizadas, el hombre no observa el mundo tal cual es, sino que intenta forzarlo para que encaje con su utopía. Esta disociación entre lo real y lo deseado conduce, según él, a una especie de esquizofrenia social, donde la mentira se institucionaliza y la razón se vuelve esclava de la doctrina.

En el islam, esta lógica se manifiesta en la convicción de que todos los creyentes son "vicarios de Dios", llamados a juzgar y gobernar el mundo en su nombre. El creyente no contempla la realidad, la dicta. En el progresismo, la misma actitud se traduce en una obsesión por reescribir la historia para ajustarla a los dogmas contemporáneos. La cultura de la cancelación, el arrepentimiento colectivo o la deconstrucción del pasado buscan suprimir todo lo que incomoda, borrando los hechos que contradicen el nuevo credo. El resultado es una utopía de presente eterno, sin conflicto ni imperfección, donde el tiempo histórico se congela. Lafontaine observa que algo similar ocurre en el islam, con la reelaboración de las historias bíblicas y evangélicas en el Corán: los relatos sagrados se reinterpretan para sostener una ideología ya establecida.

Esta manipulación de la verdad conduce, dice Lafontaine, a un punto crucial: la destrucción de la razón humana mediante mandatos contradictorios. En el islam, los propios textos sagrados contienen órdenes incompatibles: el Faraón muere ahogado pero también es salvado por Dios; se ordena respetar a los no creyentes y, a la vez, exterminarlos. Para resolver estas incoherencias, la teología islámica elaboró la teoría de los "versos abrogados", según la cual las revelaciones posteriores anulan las anteriores. Pero el resultado final es un sistema ilógico, donde el pensamiento racional se subordina a la obediencia ciega.

El progresismo moderno reproduce el mismo patrón. Se imponen conceptos que contradicen la lógica natural —como el de "enfermo asintomático" o la idea de que el CO_2, gas esencial para la vida, es un contaminante mortal o que un hombre puede ser una mujer— y se exige aceptarlos como verdades indiscutibles. El ciudadano moderno, como el creyente dogmático, debe aceptar el absurdo como signo de virtud social.

Lafontaine cita a Aleksandr Solzhenitsyn para describir este fenómeno:

“Sabemos que mienten, ellos saben que mienten, y todos sabemos que sabemos que mienten.”

Este es el núcleo de la nueva esclavitud espiritual: una “realidad paralela” donde todos participan de la farsa para no quedar fuera del sistema. La mentira se convierte en deber moral y la verdad en peligro político. Los “espacios seguros” universitarios son, para Lafontaine, el emblema contemporáneo de este proceso: lugares donde se evita cualquier contradicción para conservar la ilusión de pureza ideológica.

En definitiva, tanto el islam como el progresismo terminan siendo enemigos de la razón y de la verdad, sustituyendo el discernimiento por el dogma, y la realidad por una narrativa fabricada. Ambos exigen creer, no comprender; obedecer, no pensar.

Un proyecto globalista y totalitario

Odon Lafontaine sostiene que tanto el islam como el progresismo moderno participan de una misma ambición: la construcción de un orden mundial total. Detrás de sus diferencias superficiales, ambos comparten una teología —o ideología— de la dominación global, un proyecto que pretende someter a toda la humanidad a un principio único de verdad y de poder.

En el caso del islam, esa misión está claramente formulada por la teología coránica: los musulmanes son el “pueblo elegido” para realizar la obra de Dios en la Tierra. Su deber consiste en aplicar la charia —la ley divina— en todos los ámbitos de la vida y extenderla hasta abarcar el mundo entero. El ideal último sería un planeta completamente islamizado, libre del mal mediante la sumisión universal a la voluntad de Alá. Este mesianismo no se limita al plano político o jurídico, sino que tiene una dimensión escatológica: llegará el Mahdí, el Mesías islámico, Jesús descenderá del cielo y el islam se impondrá como la única religión de la humanidad.

Lafontaine advierte que el progresismo moderno, heredero de la Ilustración, reproduce este mismo patrón, aunque sin invocar a Dios. Su lenguaje es secular, pero su lógica es religiosa: promete la redención del mundo, la erradicación del mal —redefinido como guerra, racismo, desigualdad, homofobia o restricción de identidades— y la instauración de una llamada “fraternidad universal”. El globalismo, el humanitarismo militante o los movimientos políticos de emancipación funcionan así como un mesianismo sin trascendencia, que sustituye la salvación divina por la utopía social.

En ambos casos, una élite autoproclamada se considera depositaria de una misión superior. En el islam, esta autoridad proviene de Dios; en el progresismo, del “progreso”, la “tecnología” o la “razón”. Pero el resultado es idéntico: un principio absoluto que domina el mundo y exige sumisión. Estas estructuras producen sociedades piramidales, donde el poder se concentra en manos de pocos. El califato islámico encarnó esa jerarquía en

nombre de la ley divina; el mundo moderno la reproduce mediante sus élites tecnocráticas, financieras y mediáticas, que se erigen como guardianes de la verdad científica y moral.

Lafontaine sostiene que, tras la fachada democrática, se esconde una oligarquía global, una "casta" moralmente superior que se legitima por su presunto acceso al conocimiento. Los ulemas del islam encuentran su equivalente en los políticos, expertos, consultores y tecnócratas del mundo moderno. Ambos detentan el saber del "proyecto total" y mantienen a las masas en una ignorancia funcional, indispensable para el control social. "Es más fácil manipular masas ignorantes que masas inteligentes", afirma Lafontaine. Por eso, tanto el yihadismo como las campañas ideológicas contemporáneas —como la transición ecológica o las campañas morales globales— se apoyan en la movilización emocional, no en la formación racional del juicio.

El autor también establece un paralelismo entre la Umma islámica —la comunidad de creyentes que ahoga al individuo— y la colectividad progresista moderna, que sacrifica los derechos personales en nombre del bien común, de la democracia o la salud pública. En el islam, la persona solo tiene valor en cuanto miembro de la comunidad; la falta o el pecado no son ofensas a Dios, sino a la cohesión del grupo. De ahí la doctrina de las fard al-kifaya (obligaciones colectivas): si la comunidad no cumple ciertas tareas —como declarar la guerra santa o castigar el mal—, todos serán castigados. Esta lógica explica por qué los creyentes sienten la necesidad de corregirse mutuamente: temen que la inacción de unos condene a todos.

Según Lafontaine, esta misma mentalidad resurgió en Occidente durante la pandemia: en nombre del bien común, se suspendieron libertades individuales y se impuso la obediencia colectiva. La antigua lógica del sacrificio del individuo por la comunidad reapareció bajo un ropaje secular. Tanto en el islam como en el progresismo, la coerción se ejerce no solo hacia fuera —contra los "infieles" o los "disidentes"—, sino también hacia dentro: contra los "malos creyentes" o los "militantes tibios". Esta dinámica de purificación constante, de revolución perpetua, mantiene a las masas en un estado de tensión moral y dependencia emocional.

En última instancia, ambos sistemas tienden hacia la misma meta: la creación de una humanidad unificada, controlada y obediente, sometida a un poder que se presenta como redentor. Detrás de sus rostros distintos —la sharía o el progreso, el califa o el tecnócrata—, se perfila un mismo proyecto globalista y totalitario.

Manipulación

Odon Lafontaine sostiene que tanto el islam como el progresismo moderno modelan las sociedades mediante la manipulación de las emociones colectivas. Ambos sistemas se fundan en una dialéctica emocional de esperanza y miedo: prometen una redención —religiosa o política—, y al mismo tiempo amenazan con la ruina, el castigo o la catástrofe para quienes se desvíen del camino.

En el islam, el miedo ocupa un lugar central. Es el temor al castigo humano —las penas corporales, la lapidación, la muerte— y al castigo divino, el infierno prometido a los infieles o a los creyentes tibios. En el progresismo moderno, el miedo adopta otras formas: la cancelación, la guerra, el cambio climático, las pandemias, el colapso ecológico. Estas amenazas —reales o amplificadas— producen un estado de ansiedad colectiva que permite justificar políticas de control, vigilancia y coerción moral. La seguridad se convierte así en el nuevo nombre de la obediencia.

Según Lafontaine, esta pedagogía del miedo genera una mutación antropológica: las sociedades dejan de estar compuestas por personas libres, racionales y responsables, para convertirse en masas dóciles y uniformes. Los individuos, privados de la referencia divina, se transforman en rebaños sin pastor. Retomando el simbolismo apocalíptico, Lafontaine las llama “bestias”: colectividades sin alma, gobernadas por el instinto, la obediencia y la manipulación. En ellas, el hombre pierde su condición de imagen de Dios para convertirse en pieza del engranaje colectivo.

El pensador francés señala que esta deshumanización tiene una raíz común: la abolición de la distinción cristiana entre lo espiritual y lo temporal. En el islam, esa fusión es estructural: el poder religioso y el político se confunden en la figura del califa o del monarca, juez del bien y del mal, autoridad total sobre el cuerpo y el alma. En Occidente, en cambio, la secularización radical ha producido el efecto inverso, pero de resultado idéntico: el Estado se ha convertido en el dios y el partido político en la religión.

El gobernante moderno —como Emmanuel Macron en Francia, menciona Lafontaine— dicta lo que está bien y lo que está mal, define los dogmas del pensamiento correcto y aplica sus decretos con pretensión moral. La ideología sustituye al Evangelio, y la política ocupa el lugar del altar. En ambos mundos, el poder se reviste de una autoridad espiritual: el islam lo hace abiertamente; el progresismo, bajo la máscara de la razón, el bien común, la democracia y la ciencia.

El resultado final, advierte Lafontaine, es el mismo: el advenimiento de sociedades totalitarias donde el poder político se presenta como redentor, y donde el hombre —por miedo o complacencia— renuncia a su libertad interior.

Antropología Materialista

Odon Lafontaine identifica otro punto de convergencia esencial entre el islam y el progresismo moderno: su visión materialista del ser humano. En ambos sistemas, la existencia se reduce a la búsqueda del placer, la seguridad y el bienestar terrenal.

En el islam, afirma, la recompensa divina se describe en términos sensuales y materiales: jardines exuberantes, riquezas, vino y mujeres. La vida se concibe como un tránsito hacia una satisfacción eterna de los sentidos. La religión legitima el deseo bajo la fórmula: “Sométete a la ley divina y gozarás.” En el progresismo, en cambio, el mandato es opuesto en apariencia pero idéntico en esencia: “Goza sin someterte a nadie (salvo al estado).” La

sociedad de consumo convierte la libertad en hedonismo y la existencia en una persecución incesante de placeres efímeros. En ambos casos, el ser humano es degradado a simple consumidor, prisionero del deseo y del mercado.

Lafontaine subraya que tanto el islam como el progresismo rinden culto al mismo dios: el dinero. Las élites musulmanas, sostiene, están plenamente integradas en el sistema financiero global capitalista. Cita como ejemplo la fortuna saudí administrada por fondos de inversión estadounidenses, como el grupo Carlyle, vinculado históricamente a las familias Bush y Sarkozy. La llamada “finanza islámica” y el vasto “mercado halal” no serían más que extensiones del mismo sistema mundial de lucro. De ahí su sentencia: “El dios común de estos dos mundos es el dinero, el príncipe de este mundo.”

En esta línea, Lafontaine analiza también la antropología sexual. En el islam, observa, el Corán y los hadices establecen una jerarquía natural entre los sexos: la mujer es concebida como inferior, creada para el placer y la obediencia al varón. En el mundo moderno, aunque la ideología de género se presenta como su opuesto, el resultado es sorprendentemente similar: la degradación de la sexualidad en un mercado de cuerpos disponibles. El amor se sustituye por consumo; la intimidad, por intercambio. La cultura pornográfica y la prostitución son, para Lafontaine, los síntomas visibles de esta cosificación y degradación universal del cuerpo (principalmente femenino).

Citando al escritor Rod Dreher en “Sex and the Last Christian Generation”, advierte que la civilización contemporánea repite el colapso moral del Imperio Romano: una sociedad que absolutiza el placer termina destruyendo el amor, y una civilización que convierte el cuerpo en objeto acaba negando el alma.

La fusión de las bestias

En resumen, Odon Lafontaine sostiene que el islam y el progresismo moderno comparten una misma estructura antropológica y moral. Ambos proponen un ideal político de salvación, dividen a la humanidad entre «buenos» y «malos» según su utilidad y justifican el control de las masas para eliminar a los llamados «enemigos interiores». En nombre de sus respectivos proyectos, ambos legitiman la coerción, ya sea física o moral, y sustituyen la realidad por una ideología, anulando así la razón y la libertad interior.

Según Lafontaine, estas dos visiones del mundo son en realidad expresiones de un mismo paradigma totalitario: tanto el islam como el progresismo subordinan la existencia humana a un principio único y totalizante, sacrifican al individuo en nombre del colectivo, establecen jerarquías de poder autoritarias y despojan de dignidad a quienes no se pliegan a su sistema. En ambos casos, las relaciones humanas —incluso las sexuales— se degradan en dinámicas de dominación y control.

En su conclusión, Lafontaine plantea una advertencia apocalíptica: el islam y el Occidente progresista no son enemigos, sino complementarios. Ambos engendran el mismo tipo de ser humano: materialista, sumiso, desconectado de Dios. Estas dos fuerzas, afirma, tienden a converger en una única entidad global, una “bestia” política y espiritual como la descrita

en el libro del Apocalipsis. Citando al cardenal Robert Sarah, resume su diagnóstico con una frase lapidaria: “Es Dios o el dinero. O Dios o nada.” Para Lafontaine, la fusión de las élites globalistas y musulmanas anuncia el surgimiento de un poder totalitario universal, el preludio —según su lectura cristiana— de los acontecimientos finales profetizados en la Escritura.

El Cristianismo

A diferencia de estos sistemas totalitarios y materialistas, el cristianismo no promete una salvación terrenal ni un paraíso de placeres sensuales, sino la comunión eterna con Dios. Mientras el islam y el progresismo reducen el destino humano a lo material —ya sea el placer físico, la prosperidad económica o la utopía política—, el cristianismo eleva el deseo hacia lo trascendente. En la visión cristiana, el cuerpo y los sentidos no son despreciados, pero se integran en una vocación espiritual más alta: la unión del alma con su Creador. La verdadera felicidad no se encuentra en la abundancia ni en el poder, sino en la gracia. Cristo no impone una ley exterior, sino que transforma el corazón desde dentro; no promete dominación, sino redención; no uniformiza, sino que libera. En lugar de someter la razón y la libertad al servicio de una ideología, la fe cristiana las purifica y las ordena al bien. Por eso, frente al materialismo que esclaviza al hombre en lo visible, el cristianismo abre un horizonte espiritual donde la verdad es una Persona: Cristo —“Yo soy la Verdad”— y el amor es el cumplimiento pleno de la ley.